

vicios». —¿Valía entonces la pena de matar á los jefes de los partidos? Destruyendo todas las fuerzas libres y empujando ciegamente hacia la dictadura revolucionaria, Robespierre había hecho todo lo posible para allanar el camino á este despotismo militar que temía y que al mismo tiempo preparaba. Concluyó de esta manera: «Hay que decir la verdad, y la verdad es que existe contra la libertad pública una coalición criminal que intriga en el seno mismo de la Convención, y que esta coalición tiene cómplices en los dos comités. ¿Qué remedio tiene este mal? Castigar á los traidores, depurar los dos comités».

Nada nuevo contiene este discurso; es la misma arenga que ha pronunciado cien veces desde los primeros días de la Convención, y que ha desarrollado en sus artículos y en sus cartas. Pero, fruto de una labor más profunda, aparecen en él más de relieve los defectos y las cualidades de su autor. El estilo es grande y austero, vago y filosófico, falso y pesado en el conjunto, conciso y enérgico en algunas de sus partes. En cuanto al fondo, es una sarta de axiomas académicos, vigorosamente cincelados, de dilemas especiosos y sutiles, de sofismas elaborados con arte exquisito, donde se falsea el sentido de las palabras, se falta de intento á la precisión, para poder prometer, sin comprometerse, y engañar á todos los partidos, sin poder ser acusado de engaño; se confunden ideas, hechos é individuos existentes ú obrando por causas contrarias; se prueban las cosas por los vocablos más contrarios á ellas, como la necesidad del asesinato llamándolo justicia, los beneficios del Terror llamándolo humanidad, las glorias del exterminio poniéndolo bajo la insignia de la libertad. En relación con el fin que su autor se proponía alcanzar, el discurso es un puro desatino. No ataca Robespierre como jefe del pueblo, sino como jefe de espías. Sabía que aquellos diputados eran esclavos suyos, como que él los había enervado y envilecido, y lleva la hipocresía al extremo de disimular al populacho el imperio que ejercía sobre ellos. Olvidó que el triunfo sería del que supiese utilizar mejor la debilidad de la Convención. Imprimiéndole más fuerte terror. Con este sistema había vencido hasta entonces, y se le ocurría ahora quitar los hierros á sus siervos y poner la cabeza en sus manos. Por otra parte, anuncia que no quiere acusar, y toda su perorata es una continua acusación. Y ¡qué género de acusación! Amenaza á todo el mundo, concita todas las energías por la desesperación, por el temor del último suplicio, y no se atreve á nombrar á nadie sin advertir que, no limitando el número de las víctimas, todos los jueces se crearían proscritos caso de absolverle. Por último, se defiende de la dictadura con argumentos cuya falsedad conocían todos los convencionales, y con una ostentación de su persona, con una infatuación tan insolente, que no dejan duda acerca de sus instintos absolutistas. A este defecto de la exhibición personal se junta el de la incoherencia. Dos partes tiene el discurso, que rabian de verse juntas: tranquila, serena y filosófica la primera; áspera, apasionada, furiosa la segunda. En la una, acaricia á todos los partidos, expresa deseo vehemente de identificarse con el Comité de Salvación pública, y no ataca sino á unos

cuantos miserables empleados del Comité de Seguridad general; en la otra, se ofrece de pronto como poseído de un acceso de rabia, muerde acá y acullá, espumea con motivo de cien ideas que acuden á su memoria, y amenaza con la proscripción á los que acaba de proclamar inocentes ó justificables.

La Convención había oído el discurso «en el silencio del estupor que hacía tiempo era su estado habitual». ¿Qué pensaban los diputados? Nada. Como una turba extraviada que espera una señal de sus jefes para precipitarse en tal ó cual dirección, de igual manera los diputados miraban á los individuos de los comités; especialmente á Barere, que representaba al par al Comité de Salvación pública y la prudencia del momento. Pero Barere estaba también perplejo. Había preparado dos discursos, el uno favorable y el otro adverso á Maximiliano, y esperaba conocer la impresión que la filípica de éste causara en el ánimo de los convencionales para pronunciar calorosamente el uno ó el otro, no sin las atenuaciones ó notas críticas que requiriese el caso. Robespierre volvió á su asiento en la parte más alta de la Montaña, donde fué recibido con violentos rumores; ni debió satisfacerle tampoco el juicio de Saint-Just, que escribió aquel mismo día en su libro de memorias: «Me parece que no ha distinguido con bastante claridad á los que inculpaba». La balanza, sin embargo, se ladeaba resueltamente hacia el que de tiempo atrás era mirado como jefe de jefes.

Era práctica en la Convención ordenar, á propuesta de uno de los diputados, la impresión de los discursos que merecían su aprobación, previo el examen de los mismos por los Comités. Caso nunca visto. El que ahora presenta esta proposición es uno de los adversarios más acérrimos de Maximiliano, Lecointre de Versailles, calculando que se perdía la partida si no se interesaba á favor de su causa á los comités, y así, pidió que se imprimiese el discurso *sin pasar por el examen de los comités*: Bourdon de l'Oise, que no descubre el fin político de su compañero, se opone, pero los votos no le secundan. Entonces, creyendo ver la situación despejada, sale á la palabra Barere, suscribiendo la petición de que se imprima el discurso. No cabe ya duda, la victoria es de Robespierre. Ahora parece que fué cuando un montañés gigantesco, cuyo nombre no se nos dice, se acercó al gran jacobino y le prestó real homenaje besándole las manos. Pero se quiso remachar el clavo pregonando insolentemente la victoria, y todo se echó á perder. Couthon pide que se envíe el discurso á todos los municipios de Francia, lo que equivalía á proclamar la degradación de los comités; é insiste en la necesidad de proscribir á unos cuantos viciosos. Al oír esta nueva amenaza, los dantonistas, escamados ya con el discurso del amo, se agitan, aunque sin decidirse. Rovere excita á Lecointre á que lea la Memoria convenida, á lo que éste no accede por atacarse en ella á la mayoría de los individuos de entrambos comités. En estas indecisiones, se vota la proposición. Todo parecía concluido. La Convención aceptaba la dictadura, y Robespierre iba á depurar el santuario de la soberanía del pueblo como había

depurado el club de los jacobinos. Pero los ánimos estaban muy caldeados, y sobre todo, Maximiliano había cometido la torpeza de lastimar dos grandes vanidades: Vadier, que se las echaba de estadista, y Conthon, que no reconocía igual en lo concerniente á la hacienda. Quejóse el primero de que se hubiese calificado de farsa radícula su discurso acerca de Catalina Theot, y el segundo, exasperado de ver atacados sus planes de hacienda, se lanza á la tribuna defendiéndose con la energía de un carácter indomable y de una irreprochable conciencia. «Antes de ser deshonorado, dice, hablaré á Francia». Ajeno á todas las facciones, las he denunciado á medida que han sido un peligro para la fortuna pública. Es ya tiempo de decir toda la verdad. El único hombre que paraliza la voluntad de la Convención, es Robespierre».

¿Qué hace Maximiliano? ¿Derriba de un gesto imperioso á este feroz bufón y á este organizador que pedía á la guillotina el equilibrio de la hacienda? Nada de esto. Con asombro de todos, retrocede, produciéndose el raro fenómeno adivinado por los girondinos y predicho por Pétion: «Lo que distingue á Robespierre es que en el peligro pierde la cabeza; descubre sin quererlo el espanto que le atormenta; no habla más que de asesinato». Acababa de tratar de ladrones á los administradores de la hacienda, y ahora dice que censuraba los planes de Camben, mas no sus intenciones. Viendo que Maximiliano cedía ante los montañeses, Billaud no quiso dejar á éstos el honor de la jornada. «Pido, dice, que la Convención examine el discurso de Robespierre antes de enviarlo á los municipios. Prefiero que mi cadáver sirva de trono á un ambicioso que hacerme cómplice, con mi silencio, de sus maldades. Pido que se envíe el discurso á los dos comités.»—«¡Cómo!, exclama Robespierre, ¿en qué cabeza cabe que se envíe mi discurso á aquellos á quienes acuso?».—«Entonces, le increpa Chardier, ten un poco de valor y nombra á los que acusas.»—«Sí sí», grita la Montaña. Desde este instante, Robespierre pierde por completo la cabeza y el valor. Después de haber atacado, excitado, exasperado á sus enemigos, declara ahora que se cruza de brazos y que no tomará parte en lo que la Asamblea haga ó diga. ¿Cómo explicar esta extravagancia? Bastábale nombrar á tres ó cuatro diputados para que todos los demás se fuesen con él. Tamaña cobardía envalentonó á sus enemigos. Desde el punto y hora en que él se calló, todo el mundo quiso hablar, y sucesivamente usaron de la palabra, no sin guardarle aun alguna consideración, los Amat, los Thurion, los Freron y los Billaud. Al fin, reaparece en la tribuna el voluble Barere, para justificarse de lo que antes dijera: «He propuesto la impresión del discurso de Robespierre, porque en un país libre debe publicarse todo. A semejante declamación contestamos con las victorias de nuestros ejércitos.» Y leyó los despachos que anunciaban la toma de Nieuport, de Bruselas, de Malinas y la entrada de los franceses en Amberes, en «medio de las aclamaciones de un pueblo inmenso.» Elocuentísima respuesta de Carnot á las acusaciones de Robespierre y de Saint-Just. Se revocó el decreto de que se enviase el discurso á los municipios, con lo

cual la sesión, que había empezado por una victoria para Robespierre, acabó por la derrota de éste. El único que no lo entendió así, tan grande era la confianza en su prestigio, fué Maximiliano, que se volvió á su casa tranquilo y hasta alegre, diciendo, el entrar en ella, á la familia Dublay: «No puedo contar ya con la Montaña, pero la masa de la Convención no me desobedecerá».

Por la noche se fué, acompañado de sus más fogosos partidarios, á los jacobinos, que lo recibieron con aclamaciones de afecto. También asistieron Billaud y Collot, con sus amigos, al objeto de combatir oficiosamente á su compañero allí, hasta traerle á la concordia, para no tener que combatirle oficialmente en la Convención. Robespierre repitió el discurso que había pronunciado por la mañana, produciendo un entusiasmo frenético. Cada párrafo fué acogido con aclamaciones desenfundadas; con transportes de furor. La exaltación llegó al colmo cuando pronunció la frase: «Voy á beber la cicuta.»—«Yo la beberé contigo», gritó el pintor David, que en uno de sus más hermosos cuadros había pintado á Sócrates bebiendo este veneno.—«Todos la beberemos contigo», repitió la Asamblea entera. El orador prosiguió: «Este es mi testamento. Sucumbo sin pena. Vosotros defenderéis mi memoria.» A estas palabras, una especie de furia histérica se apoderó de aquellos jacobinos, que gritaban, gesticulaban, lloraban, lo que animó á Robespierre á exponer todo su pensamiento: «Sea; puesto que lo queréis, viviré; pero entonces, separad á los malos de los débiles y redimid á la Convención de los malvados que la oprimen». Collot y Billaud quisieron hablar; imposible, el público se les vino encima. Dumas, el presidente del Tribunal revolucionario, volviéndose hacia ellos, se expresó así: «Me extraña ver á los que de varios meses acá no han dejado oír su voz, tan impacientes por romper el silencio, sin duda para oponerse á las vibrantes verdades que acaba de exponer Robespierre. Fácil es reconocer en ellos á los herederos de Hebert y de Dantón. Mas también serán herederos, yo se lo profetizo, de la suerte de estos conspiradores». De nuevo trataron de hablar; inútil empeño. Vino á echar nuevo combustible al fuego Couthon, gritando en medio de religioso silencio: «Ya no volverán los conspiradores á esta Tribuna; serán confundidos; perecerán». A estas palabras, la Asamblea se levanta como un solo hombre y grita agitando sombreros y gorras: «¡Los conspiradores á la guillotina!» En vano Collot vierte lágrimas espantado ante el espectro de la desunión, y se echa á los piés de Robespierre rogándole que perdone á los comités. Maximiliano no se entenece; el público sigue amenazando, y Collot y Billaud tienen que escapar seguidos de sus amigos.

Mientras tanto, la Municipalidad, dirigida por un agente tan vigoroso y tan capaz como Payán, preparaba un treinta y uno de Mayo para el día siguiente, mandando al comandante de la guardia nacional convocar los batallones de las secciones á las siete de la mañana. Los dos cabecillas más enérgicos del partido, Payán y el vicepresidente del Tribunal revolucionario, Coffinhal, fueron á proponer á Robespierre un golpe de Estado: to-

mar por asalto los dos comités, que estaban mal custodiados, y el salón de la Convención, después de lo cual no habría resistencia que temer. Enemigo de los caminos rectos y de las medidas enérgicas, y convencido de que la Convención cedería á un nuevo esfuerzo de su elocuencia y al discurso que iba á pronunciar Saint Just, Maximiliano rechazó el ofrecimiento. ¿Qué pasaba durante este tiempo en el Pabellón de la Igualdad? Al salir de los jacobinos, Collot corrió allá, al Comité de Salvación pública, donde se hallaban sus colegas, excepto Robespierre y Couthon, trabajando como de ordinario. Carnot estudiaba mapas y planos, Saint-Just escribía solo en una mesa el discurso para el día siguiente. Collot le cogió por el brazo gritándole con furia: «¿Estás redactando nuestra acta de acusación?»—«No te engañas, Collot, respondió Saint Just con mucha flema, «escribo tu acta de acusación»; y volviéndose hacia Carnot, añadió: «¡Tampoco tú te quedas en el tintero!» De acusado se trocó en acusador, recriminando á sus compañeros de estar preparando el acta de acusación contra Robespierre. Todos lo negaron. Entonces Saint-Just se rectificó, diciendo que la comunicación que redactaba exponía agravios, pero no llegaba al extremo de pedir el arresto, y concluyó prometiendo leérsela á los dos comités á las diez de la mañana del día siguiente antes de la sesión de la Asamblea.

Durante esta violenta discusión, Cambon, Freron y Lecointre de Versailles habían estado, el uno después del otro, á apremiar á los comités que mandasen arrestar al alcalde Fleuriot, al agente nacional Payán y al comandante Hanriot. Los comités, después que se hubo retirado Saint Just, á las cinco de la mañana, llamaron á las autoridades municipales, las interrogaron y las tuvieron detenidas unas horas, con lo que les pareció que habían puesto una pica en Flandes, y luego, las dejaron marcharse. Resistíanse los comités á tomar la ofensiva, como se había negado Robespierre á autorizar un movimiento insurreccional. Mas estos, por imposición de la lógica. Los comités querían destruir al tirano, no la tiranía. El raciocinio de los convencionales de que, derribado Robespierre, caería el despotismo, los comités lo hacían también. «Su posición, escriben los Dos Amigos de la libertad, era terrible; porque Robespierre triunfante, los aniquilaría; derribado Robespierre, la Convención, reintegrada en sus funciones, los aniquilaría..... Desde el instante en que, sirviéndose de la Asamblea, le devolviesen su energía, claro es que ésta no se desprendería ya de la energía recobrada y que se serviría de ella contra aquellos que, en unión con Robespierre, la habían mutilado, envilecido, *septembrizado*». Este tiempo que los comités dejaron perder, lo aprovecharon los cabecillas de la Montaña, aquellos que consideraban su cabeza en peligro, trabajando con angustioso afán para ponerse de acuerdo con la derecha y el centro de la Convención. Prometíanles á estos poner fin al Terror. «Tampoco vosotros dejaréis de pasar por él, les decían, si Robespierre triunfa». Por dos veces fueron rechazadas sus gestiones, pero volvieron incansables á la carga, hasta que los varones más influyentes de la derecha, los antiguos constitu-

yentes, Boissy d'Anglas, Durant de Maillane y otros, que todavía la víspera tributaban á Robespierre el homenaje de su admiración, llamándole Boissy el *Orfeo de Francia*, cedieron al cabo, discutiendo que la mayoría y el gobierno acabarían por acercarse á ellos si el dictador sucumbía.

Conforme á lo convenido, á las diez de la mañana se reunieron los individuos de los comités, á excepción de Saint-Just, que no parecía. En cambio, había concurrido Couthon, el cual, en la discusión que se entabló acerca de las medidas que procedía tomar, sostenía que no había nada que temer ni que hacer, por que si se adoptaba una actitud amenazadora se daría armas á la contrarrevolución. Carnot se incomodó. «Tú eres un malvado, le dice Couthon, calumniando de esta manera á tu amigo de la infancia, el virtuoso Robespierre».—«Y tú un traidor», replicó Carnot. Con el propósito de ganar tiempo, Couthon se puso á perorar. Saint Just no parecía. A poco de haber dado las doce, llegó un ugiere de la Convención á decirles, de parte de la Montaña, que Saint Just estaba en la tribuna, entregándoles al mismo tiempo una tarjeta firmada por este último, en la que le decía: «Uno de vosotros me ha lastimado el corazón; voy á abrirlo de par en par á la Convención nacional». Couthon rompe la tarjeta, con el fin de retener aun por más tiempo al Comité. Pero es en vano. «Vamos á desenmascarar á esos traidores, dice levantándose Ruhl, ó á presentar nuestras cabezas á la Convención.» Barere, que no ve aún claro el negocio, concluye con Couthon un arreglo de protección mutua, y dice á David: «Tú no vengas, no eres político».

Desde las cinco de la mañana, ocupaba las tribunas de la Convención una muchedumbre entusiasta, voluble é ignorante, aquella muchedumbre cuyos movimientos tumultuosos habían decidido tantas veces de la victoria en las grandes jornadas parlamentarias de la Revolución. Al abrirse la sesión mostróse favorable á Robespierre, hostil á los constitucionales, á quienes llenó de insultos y amenazas. Mas ¿quién podía responder de que perseveraría en esta actitud? Siendo la pasión y la violencia los elementos del poder revolucionario, el pueblo se iría con los más resueltos y fogosos, á despecho de la razón y hasta de la simpatía. El terror había sembrado en las almas una especie de fatalismo, que erigía en deidad la fuerza y doblaba las voluntades ante el éxito como ante un juicio divino. Además, todas las fracciones habían encarecido á sus amigos que asistiesen á la sesión, de donde debía resultar, entre tantas y tan diversas fuerzas contrarias, dirigidas por doctores en demagogia, una especie de contrapeso y de equilibrio, favorable á la opinión de los moderados, la verdadera opinión pública, que por primera vez, desde el noventa y dos, tenía probabilidades de prevalecer. Como en esta revolución se caminó de sorpresa en sorpresa y el éxito estuvo pendiente muchas veces de una palabra, de un gesto, de un esfuerzo, conviene recordar también que nunca, en lo que alcanzaba la memoria de los

BIBLIOTECA ALFONSO XIII